



LA OPINIÓN

FERNANDO SÁNCHEZ

De universitarios es errar

A medida que pasa el tiempo, cada día más rápido por cierto, me doy cuenta con mayor nitidez de los muchos errores universitarios que he cometido en el pasado, algunos ya sin enmienda posible. Cuando comencé mi andadura en este noble oficio, casi arte, de la enseñanza universitaria, pensé que una buena forma de ganarme el respeto de mis alumnos era ser desde luego un profesor justo, pero exigente a la hora de evaluar el dominio de lo explicado en mis asignaturas. No pedía imposibles, pero apretaba de manera claramente excesiva y era temido en el examen, en el que los alumnos pasaban un muy mal rato, porque les buscaba las vueltas, dentro de un orden, pero vueltas, a fin de cuentas.

Poco a poco me percaté de que, dadas las características de mis asignaturas y las mías personales, mejor táctica para aprender que el temor al examen o al profesor, era que los estudiantes acudieran a clase sin tensiones añadidas y que asimilaran cada día algo de lo básico, de lo importante, como hacía con nosotros, en las antiguas aulas de la calle del Espejo don Vicente Moreno de Vega, tan buen médico como profesor y excelente persona. De cada tema que les quedara poquita cosa, pero clave para enfrentarse al enfermo, nada de inundarles a conceptos inútiles, ya que todo está en la red, en el famoso *studium*, versión reducida de la inmensidad *on line*, o en cualquier buena librería virtual primaria o secundaria.

Así las cosas, desde hace unos diez años, los exámenes en mis asignaturas han pasado a un lugar terciario y si los alumnos no faltan a las sesiones de discusión teóricas y ponen interés, buena nota al expediente, sin más. Ciertamente es que me puedo permitir este lujo por el carácter singular de mis actuales materias, biomecánica clínica y emergencias, eminentemente prácticas, y que comprendo y apoyo a los compañeros que continúan con el tradicional examen, porque no les queda otra, y porque en su justa medida sigue siendo un método aceptable. Eso sí, este estilo de control del aprendizaje, que quiere recordar a Bolonia, me parece más efectivo, ya que como les doy varias asignatu-

ras, me he dado cuenta de que aprenden más y mejor que obligándoles a memorizar datos que se les olvidan a los cuatro días. Me siento más a gusto que cuando no superaban mis exámenes y convencido estoy de que no era antes mejor profesor por aprobar menos, incluso si así hubiera sido, me debería plantear si quien fallaba eran ellos, los discentes, o yo, el docente.

Creo, pues, que equivocado estuve, asumiendo que mis errores son una clara muestra de mi capacidad de elegir, de mi libertad de criterio, de mi derecho a equivocarme. Eso sí, para hacer uso de este derecho hay que tener claro los deberes que comporta: rectificar, que pertenece a los sabios. Me he convencido de que tampoco es malo cometer errores, ya que he aprendido más de ellos que de los aciertos, que me han servido de advertencia para estar más atento. Quien no hace nada nunca yerra, porque los errores son acción, y como dijo Woody Allen "Si no te equivocas de vez en cuando, es que no lo intentas". Tras un fallo hay que seguir adelante, sin temor a cometer otro y si somos listos aprenderemos de los errores ajenos, ya que no viviremos lo suficiente para cometer todos los fallos posibles. Adasme aseveró que "el hombre inteligente aprende de sus errores, el sabio aprende de los errores de los demás", y cuan verdad es esta sentencia.

En Plasencia, que somos muy majos, tenemos frases algo más toscas y pensamos que "de hombres es errar y de burros rebuznar". ¿Qué es lo que distingue a las personas que aprenden de los errores de las que solo tropiezan con ellos? Pues que quien es inteligente se fija en lo que sucede y saca conclusiones positivas. La persona que tropieza tres veces con la misma piedra, en lugar de maldecirla, debería fijarse en cómo anda, ya que el problema es él y no la piedra. Me quedo, de despedida, con la frase de Rabindranath Tagore: "si cerráis la puerta a las equivocaciones, también la verdad se quedará fuera". Y es que, en la Universidad y en mi pueblo, quien tropieza y no se cae, avanza varios pasos, a trompicones, pero pasos a fin de cuentas. ¡De toda la vida, amigos!